

El silencio del mar

Yo caminaba al ras del agua, mientras las olas rompían contra mis pies. En mi mano derecha portaba colgando mis zapatillas azules, que se golpeaban entre sí con mis pasos. Mientras que en la otra mano, la izquierda, llevaba la bolsa de la playa. Y que en su interior portaba la toalla, las gafas de sol, la crema solar, y una bolsa de patatas fritas Lays, mis favoritas. Cuando volteabas la cabeza hacia la izquierda, podías observar y contemplar un paisaje en el horizonte marítimo, mientras los barcos pescaban en el fondo, y el sol caía, dejando las nubes de un color anaranjado y rosado suave, por su esplendor.

Me paré frente al horizonte, observando con atención el paisaje, que apreciaba mucho, sabía que en los paisajes puedes confiar, contar secretos que quizás no contarías a nadie. Sé que los paisajes te escuchan sin confesar a nadie nada.

Me pregunté, ¿realmente es necesario estar aquí, en este lugar, la playa, simplemente para desconectar de la sociedad? Me paré a reflexionar unos instantes. Respiré, y la vida me dio la respuesta.

Podía luchar y hacerme daño, o respirar y sentir como la paz recorría mi mente, como la calma libre de estrés y presión se canalizaba en mi respiración. Podía huir de la angustia, o enfrentarme con serenidad.

Inhale y exhale, y con los ojos cerrados, la luz del sol dibujó en mi rostro una bella sonrisa.

Seguí mi rumbo hacia mi hogar, mi casa junto a la playa. Era una pequeña casita junto al mar, era una casa de verano, y aunque era invierno, fui allí para desconectar de todo lo que me atormentaba, aquello que por las noches me dejaba intranquila, el día que me ahogue.

Al llegar a mi casa, mi hogar, donde desde los inicios debería haber residido. Deje mis llaves en una pequeña cómoda, ajustada estupendamente. Y simplemente suspiré, jamás me había sentido tan avivada.

Colgué mi gabardina, dejé mis zapatillas azules bajo un banquillo, donde me senté para poder mirar los mensajes que me habían escrito durante esa hora.

-Kaela “¡Ivette! ¿Mañana quedamos para estudiar?”

-Nía “Ivette, ¿sabes qué? El otro día encontré fotos nuestras de hace años...”

-Mara “Hola. ¿Tienes ya los carteles para la búsqueda de trabajos?”

-Olga “¡Que te he encontrado trabajo! No es el que más te puede gustar... Pero cobrarás algo.”

Entre todas las notificaciones, me fijé y presté más atención a la última. ¡Mi mejor amiga Olga me había encontrado trabajo! Yo llevaba meses buscando un oficio sencillo para poder vivir por mi cuenta, para pagar los impuestos y facturas. Al seguir leyendo el mensaje, entendí el porqué dijo que quizás no me gustaría mucho. El trabajo era de vigilante de playa. No podía decirle que no. Solo pude estar relajada unos minutos hasta que leí ese mensaje. Entonces le respondí lo siguiente.

-Ivette “¡Que bien! Pásame la web y me informaré mejor. Gracias.”

Ese "gracias" era un “El peor trabajo del mundo.”

Después de responder, pensé en el día que pasó el accidente. Yo tan solo tenía seis años, era una criatura, sin saber los peligros de la vida, de la amarga y cruel vida. Yo jugaba con la arena, húmeda y suave, que se pegaba a mi piel, a mis manos y pies. Unas manos y pies regordetes. Vi de lejos, un rostro que me resultaba familiar, era mi hermano mayor. Eso creía yo... Sin ver las grandes y altas olas que rompían contra la propia agua que las formaba, me sumergí. Abrí los ojos y pude ver el fondo marino, tan bello. En la profundidad del agua, de mares y océanos, no había importancia en nada. Solo el sonido del silencio. Pero esa calma tan profunda no duró mucho, tan solo unos segundos, a pesar de que para mí se hicieron eternos. Una gran ola me arrastró hacia la oscura lejanía. Pude sentir cómo al intentar respirar, al intentar inhalar oxígeno, conseguía el efecto contrario. Las fuertes olas del océano me encogieron de pánico. Me dejé llevar por la corriente. Estaba asustada. Pedía ayuda, y perdía fuerzas y aire. Cerré los ojos con fuerza. Quedé inconsciente.

No fue como todo el mundo piensa. Yo no vi la luz blanca. Mi conciencia se despertó en un lugar negro y oscuro. No era lo peor, no me daba miedo, porque no tenía pensamientos. Cerré los ojos, y al abrirlos... Simplemente, me encontraba en una camilla de hospital, pero me movía. Estaba en una ambulancia. Pude ver a mi madre, junto a mí, sosteniendo con fuerza mi mano. Al cerrar los ojos por última vez, esta vez desperté finalmente en la camilla del hospital. En una de aquellas habitaciones de un color blanco pálido. Había un bonito sillón situado a la izquierda de la camilla. En el sillón, recuerdo analizarlo con atención, había unos delicados bordados, en un color dorado brillante. Mi madre, sentada en el sillón, me observaba, como si estuviera contemplando un bello cuadro, ese era yo. Me acabé recuperando, pero aquel trauma que me generó el mar, jamás se desvaneció.

El trabajo comenzaba el mes que viene.

Era temporada de surf. Al llegar al lugar, no había nadie y me dieron el trabajo directamente. Y mi trabajo comenzó oficialmente, alguien se estaba ahogando. Al principio me quede inmóvil. Al acercarme al agua, respire, y me zambullí al agua, con la tabla contra las olas.

Me dirigí con fuerza y valentía hacia la persona que luchaba por vivir. Al llegar al punto adecuado, subí cuidadosamente a aquella persona. Empuje la tabla con el individuo hacia las orillas de la playa. ¡Salve a una persona! Pero al intentar salir yo también, me resbalé de la tabla y la gran fuerza de las olas, me impulsaron hacia el horizonte, lejos de la orilla. Intenté nadar con todas mis fuerzas, quedándome sin vigor, sin aire, sin impulsos.

No tenía más fuerzas. Las había desgastado en los diez minutos que estuve nadando, golpeando con fuerza los brazos contra el agua.

Me dejé llevar. Simplemente, supe que no había nada más que hacer. Que la larga vida no es para todos. Que yo moriría ahogada, mientras mi cuerpo se hundía hasta el fondo marino. Que al caer mi cuerpo muerto, los animales se lo comerían. Que jamás encontraron mi cuerpo. Y que en mi tumba, pondría escrito "Nadie la salvó." Que aquella pesadilla, se volvía a repetir. Con una única diferencia, esta vez,

moriría. Con el peso de mi cuerpo, fui naufragando, levemente. Mi cuerpo rodeado del agua, del dulce y suave agua que me balanceaba levemente, como una pequeña cuna. El silencio del mar me calmó. Me quito todo el estrés, sin dejar nada. No quería salir de allí. Pero entendía que solo habían dos caminos, morir, o luchar.

En mi vida no me quedan más oportunidades para seguir, para alcanzar mis sueños. No hay más motivos para prolongar mi existencia.

Decidí morir, mientras soltaba mi aire, y dejaba que el agua penetrara en mis pulmones. Y simplemente, morí.